



Cesárea Rodríguez Jiménez, 72 años.
Isabel de la Fuente Cobas, 22 años.

La felicidad de trabajar

Cesárea Rodríguez tiene 72 años. Es la mediana de tres hermanas y madre de cinco hijos. Tuvo una vida llena de obstáculos pero es una mujer luchadora y emprendedora. Fue la modista de algunas de las familias más influyentes de Madrid. Y ahora en su vejez asegura que le encantaría seguir trabajando.

Cesárea trabajó hasta los setenta años, afirma que su profesión le ha dado las mayores alegrías de su vida. Es la mediana de tres hermanas, las tres modistas. Siempre han estado muy unidas y ahora en la vejez se turnan para cuidar a su madre que tiene 102 años. La vida de Cesárea no fue fácil, nació en 1933 en un pequeño pueblecito de Ávila. Vivían en una casa humilde, pero “nunca nos faltó de nada”, afirma. Su padre, del que habla con gran admiración y también con tristeza porque hace once años que falleció, se dedicaba a hacer colleras para mulas y albardas para burros. A Alejandro, su padre, lo detuvieron al finalizar la Guerra Civil, “no tengo muchos recuerdos de esa época, pero si recuerdo ir a verlo a la cárcel de Ávila”, asegura Cesárea. “El delito de mi padre era ser pobre”, afirma con rotundidad. Su padre estuvo año y medio encerrado y tuvo como compañero de celda al padre de Rodríguez Sagún, el que fuera alcalde de Madrid. Gracias a él, asegura que a su padre no le faltaba nada en la cárcel, porque su familia le llevaba comida y dinero, que Sagún compartía con él.

“Gracias a Dios mi padre salió de la cárcel, recuerdo ese día con mucha alegría, porque hubo muchos hombres del pueblo que no llegaron a salir”, asegura emocionada. Desde ese momento su vida volvió a la normalidad, hasta que cuando Cesárea tenía 16 años se cambiaron a otro pueblo de Ávila, porque su padre quería que aprendieran, su hermana mayor y ella, corte y confección con un sastre importante. En poco tiempo ya lo hacían de maravilla, “tuvimos mucho éxito e incluso veían mujeres de otros pueblos a hacerse los vestidos para las fiestas”, afirma Cesárea. Allí trabajaron más de seis años, hasta que su hermana mayor se casó y se vino a Madrid. Durante casi un año se quedó Cesárea sola a cargo del negocio. “Ese pueblo no me gustaba mucho y echaba de menos a mi hermana, así que al poco tiempo me vine a Madrid con mi hermana pequeña”, dice Cesárea. Con la ayuda de su hermana mayor y de algunas primas que tenía sirviendo en Madrid, logro salir adelante. “Empecé a ir por las casas de familias con dinero, allí hacía un poco de todo, desde los vestidos más elegantes y de las mejores telas, hasta el ajuar de la casa: cortinas, sábanas, manteles... y en muchas ocasiones también tuve que hacer remiendos”, comenta muy sonriente.

Cesárea tenía 26 años, vivía con su hermana, y trabajaba en cinco casas de personas pudientes, “las mujeres llevaban Mercedes, tenían entre cinco y siete sirvientas, pero hubo muchas de estas familias que lo perdieron todo” asegura. Su trabajo consistía en ir una vez a la semana a cada casa, “me trataban de maravilla, incluso a veces me sentía mal cuando me traían la bandeja con la comida”, comenta sonriente. En estas casas le daban el desayuno, la comida y la cena, trabajaba allí todo el día cosiendo, pero como ella misma dice se lo tomaba con calma. Empezó cobrando 30 pesetas al día y con el tiempo y gracias a su buen trabajo le fueron subiendo el sueldo hasta llegar a cobrar 20 pesetas la hora. Estuvo viviendo con su hermana cinco años.



Dejó la casa de su hermana mayor para irse a vivir a su propio piso, “el día más feliz de mi vida fue el día que llegue a mi piso”, afirma Cesárea. Con mucho esfuerzo y sacrificio, y por supuesto gracias a una de las familias para las que trabajaba, los señores de Villa; “ellos fueron los que me vendieron el piso, y me ayudaron con los papeles para pedir el dinero”, comenta. Su hermana pequeña se vino a vivir con ella y acogía a muchas amigas del pueblo que venían a Madrid. En esta época tuvo que trabajar mucho para pagar una letra de más de 1000 pesetas.

Cesárea tuvo un novio aquí en Madrid pero lo dejó, y se casó en 1965, con 32 años con Basilio, un joven de su pueblo. Afirma que no se casó muy enamorada y el día de su boda no fue del todo feliz. Un año antes de la boda, Cesárea le busco trabajo en Madrid, y Basilio se vino a la capital a vivir con su hermana y empezó a trabajar en una empresa de letreros fluorescentes que era de una de las familias para las que Cesárea trabajaba. Al poco de llegar a Madrid se casaron, “mi marido se lo encontró con todo hecho, un piso, un trabajo, una mujer que se lo hacía todo...” asegura Cesárea. El vestido de su boda se lo hizo ella misma, “lo hice igual al vestido de novia de la hija de los Villa, que era de Valenciaga; pero el encaje y el velo eran de mucha peor calidad” comenta sonriente.

En esta época la mayoría de las mujeres que se casaban dejaban sus trabajos, pero Cesárea no lo hizo, afirma que era muy feliz trabajando. A los quince meses de la boda nació su primer hijo y en ocho años tuvo a los cinco, cuatro niños y una niña. Cesárea nunca quiso tener tantos hijos porque quería darles todo lo que ella no pudo tener, “me hubiera gustado llevarlos a mejores colegios, pero al final todos tienen su carrera”, comenta. Ahora, con el paso del tiempo, se siente plenamente orgullosa de todos ellos y muy satisfecha por los sacrificios que tuvo que pasar para sacarlos adelante.

Todos sus hijos nacieron con muchos problemas de salud y escaso peso. Incluso a uno de ellos lo atropelló un coche y estuvo varios días en coma. En todo este tiempo no dejó de trabajar hasta que nació su quinto hijo, cuando dejó la costura durante seis años. Antes de ese momento dejaba a los niños en una casa de la parroquia en donde se los cuidaban; y al más pequeño se lo llevaba a coser a las casas con ella. Incluso tuvo de dejar a uno de sus hijos durante cinco años con su madre para que se lo criase. Todo este tiempo afirma que se sintió bastante sola, su marido no le ayudaba en nada, “llevaba a los niños al médico en el metro”, afirma con tristeza.

Cuando volvió al trabajo decidió trabajar para una boutique, porque así podía hacer los arreglos en casa y al mismo tiempo cuidaba de los niños. “Mi hijo mayor se tuvo que encargar de sus hermanos, llegaba siempre tarde a su colegio por acompañar a los pequeños al suyo” comenta Cesárea. Así estuvo, trabajando en casa hasta los 70 años; “yo no quería dejarlo, estaba entretenida y me gustaba, pero mis hijos insistieron”, afirma. Y ahora con 72 años, Cesárea ha tomado una de las decisiones más importantes de su vida. Ha decidido divorciarse de su marido. Su boda comenta que fue un error, no se casó convencida y ahora se está dando cuenta, pero a pesar de todo afirma que ha merecido la pena por sus cinco hijos. En su casa viven cuatro de ellos y un marido con el que no se habla, un marido que desde que se jubiló a los 61 años hace lo que le place y no se preocupa ni por Cesárea ni por sus hijos. “Este verano cuando me operaron, él se marchó a Torrevieja con unos amigos y ni preguntó por mí”, señala Cesárea. Sus hijos la apoyan en todo, “son todos muy buenos chicos”, comenta.



Cesárea quiere llevar una vida tranquila, al lado de sus hijos, y de su madre de 102 años a la que cuida. Le gustaría volver a trabajar, “en cuanto me operen de cataratas, quiero volver a coser, aunque sea haciendo algunos arreglitos”, afirma. Cesárea es un mujer con mucha vitalidad, a la encanta hacer cosas para estar entretenida, va a natación, hace cuadros con madera, y aún de vez en cuando se sienta delante de su máquina de coser y recuerda con orgullo toda una vida dedicada al trabajo.

Lo importante de la vida

Cesárea Rodríguez ha dedicado toda su vida al trabajo, desde muy joven empezó a trabajar y no ha dejado de hacerlo nunca. No ha tenido una vida fácil, ni mucho menos feliz. Pero como ella dice, ha tenido grandes momentos de satisfacción personal, momentos imposibles de olvidar. La entrada en un piso comprado con su dinero y con su esfuerzo la recuerda como el momento más feliz de su vida. Hablando de sus cinco hijos se llena de orgullo y emoción, porque le ha costado mucho sacarlos adelante.

Su sueño es viajar a Argentina, recuerda las fotografías que de niña le enseñaba su abuela de esa tierra y desde su infancia siempre quiso verla. Sólo ha salido de España una vez en su vida y recuerda ese momento con gran alegría e ilusión. Cesárea fue a Londres a ver a su hija, es la única vez que viajó en avión, asegura que disfruto como nunca y por momentos como ese merece la pena vivir.

Ahora con 72 años Cesárea dice que lo más importante es vivir tranquila. Es una mujer muy diferente a mujeres de su edad, pocas se pudieron pagar su propio piso, pocas se casaron con más de treinta, pocas trabajaron después de su boda... la mayoría eran mujeres subordinadas a sus maridos, Cesárea luchó ella sola y ahora continúa luchando por vivir tranquila y feliz con sus cinco hijos y por supuesto con su máquina de coser; porque como ella comenta, muchas de las mayores alegrías de su vida se las dio la costura, viendo los vestidos que ella hacía. Cesárea comenta que ella no trabajaba sólo para vivir, sino que le encantaba lo que hacía, disfrutaba haciéndolo, por eso lo continúa haciendo como afición.